

# Las Conversaciones con Dios

QUIERO, ANTES DE ABORDAR EL ASUNTO CENTRAL DE estos comentarios: *Conversaciones con Dios*, y una carta inédita que el poeta me escribiera a propósito de la publicación en la revista *Unión* de un grupo importante de poemas de ese libro —donde se expone una suerte de poética de su última poesía y de su vida—, recordar algunas imágenes fuertes que me ligan a la maravillosa persona que es Rafael Alcides, porque una cosa siempre me ha quedado clara en mi relación con Alcides y sus versos: son una sola persona. Pudiera afirmarse, incluso, que fue el romántico de su generación y, acaso por ello mismo, quien ha sabido asumir con mucha dignidad y valentía personales el lado trágico de la vida. Mientras que otros poetas de la llamada Generación del 50, más allá de la calidad o no de sus textos, se entregan a la más lamentable cortesanía política y hacen honor a una frase que me escribiera Fina García-Marruz en una carta: «vida literaria, insoportable miseria», Alcides, sólo con Dios, su esposa e hijo pequeño, parece vivir en otra isla dentro de la Isla desde hace más de diez años. No en balde tuvo desde muy temprano, ante la partida al extranjero de su hijo mayor, en un conmovedor poema, «Carta a Rubén» (1993), esta anticipada lucidez: «...adonde se vive entre paredones y cerrojos / también es el exilio. Y así, / con anillo de diamantes / o martillo en la mano, / todos los de acá / somos exiliados. Todos. / Los que se fueron / y los que se quedaron». Asimismo, esta veta trágica, existencial, de su poesía, ya venía expresándose en muchos poemas donde el poeta asume el conflicto arquetípico del ser humano: la expulsión del Paraíso. Ya expulsado de su infancia en Barrancas, Bayamo, el joven que llega a La Habana, pobre, provinciano, es para siempre el mendigo, el peregrino, el exiliado del mundo. Esa extrañeza le ha acompañado siempre en su percepción poética y vital (en su caso, «son una las dos»). Quiero entonces compartir con ustedes una sentencia del monje Hugo de Saint Víctor, que viene a propósito:

Jorge Luis Arcos

«Quien encuentre dulce a su patria, es todavía un tierno aprendiz; quien encuentre que todo suelo es como el nativo, es ya fuerte; pero perfecto es aquel para quien el mundo entero es un lugar extraño». Sí, lugar extraño el de Alcides, como igualmente el que habitaron (o habitan todavía) Heredia, Zenea, Martí, Florit, Baquero, Lorenzo García Vega, Padilla, Kozzer, Alabau, Alex Fonseca, Damaris Calderón, Pedro Marqués de Armas, entre muchísimos más, fuera de la Isla, o lugar extraño el de Milanés, Casal, Poveda, Lezama, Virgilio, Eliseo, Francisco de Oraá, Friol, Raúl Rivero, Lina de Feria, Raúl Hernández Novás, Ángel Escobar, Reina María Rodríguez, Efraín Rodríguez, Antonio José Ponte, Juan Carlos Flores, entre otros muchos, dentro. Acaso sea siempre el mismo lugar extraño, acaso siempre, todos, vivamos en una isla: una isla poética, como le hubiera gustado soñar a Gastón Baquero.

La primera imagen fuerte, singular, que tuve de Alcides, se fijó en una tarde cualquiera en la siempre alta y remota Bogotá. Compartíamos unas cervezas, Alcides, Alberto Rodríguez Tosca y yo en la terraza de un bar, cuando apareció una mujer con un niño pequeño pidiendo unas monedas para comer. Se las dimos. Dentro de una bruma y luz confundidas, recuerdo la mano de Albertico quitándole una lágrima a Alcides de la mejilla y un solo comentario suyo: «Yo también he pedido limosna».

La segunda imagen tiene que ver con la lectura que hice de esta carta suya que a continuación transcribo:

La Habana, 12 de septiembre de 1995

Sr. Jorge Luis Arcos  
Director de la revista Unión  
A MANO

Querido amigo:

Anoche me pediste unos textos para tu revista y yo te pregunté si me los publicarías y tú me miraste con asombro que encubría un reproche afectuoso. Discúlpame. A un hombre libre que dirige una publicación libre no se le deberían hacer esas preguntas. Y ahí van los textos. Pertenecen al título *Conversaciones con Dios*. Parcialmente fue dado a conocer en 1993 durante una extensa lectura que de él hice en el Teatro «García Lorca» en ocasión del homenaje que por mis sesenta años me ofrecieran allí la Dirección Nacional de Literatura y un grupo de jóvenes escritores. Del mismo, al año siguiente aparecieron en México cinco textos, publicados por *La Crónica Cultural*, y uno, el año pasado, en Madrid. Completo, aparecerá el año que viene en España. Como buen lector que eres, enseguida te darás cuenta de lo que en él se trata. Por caudaloso e insólito, es un drama que importa. O que a mí me importa. Porque, querido Jorge Luis, los periódicos suelen hablar del fin del Socialismo, de su desaparición, pero, ¿y del drama de los que un día creyeron en eso y lo sufrieron además, quién habla de eso? Sí, de vez en cuando, sobre todo en la difunta URSS, aparecen estadísticas de cárceles, campos de concentración y otros horrores. Pero las estadísti-

cas, bien lo sabemos, no explican mucho; cuando más, sirven para aliviar la buena conciencia del mundo, convirtiendo en cifras, números, signos que nada dicen, el infeliz destino de gentes de carne y hueso que tenían un nombre y se afeitaban o se pintaban los labios todas las mañanas. Por eso fui escogido para entrar en los entresijos de ese drama. O lo que es lo mismo, para contar, desde adentro, la historia, la triste e insólita historia del vencido, que lo fue no por su enemigo de clases, sino por sus dirigentes, la triste y verdadera historia del perdedor que un día lo dio todo y que, sin stálines, hubiera triunfado clamorosamente. Como decir darle voz entre los escombros a esos cientos de millones de héroes estafados, hacer sentir sus ayes...

Leídos en el cielo durante un sueño en el que Dios se mostró muy ameno, al principio no entendí las razones del lenguaje cifrado de los textos que iba poniendo en mis manos. Por lo que hoy calculo, la cosa no puede ser más simple. De tanto vivir en la censura no pudieron aquellos corresponsales sustraerse al hábito de las señitas y las alegrías ni siquiera en el momento de dirigirse a Él. Tan cautelosos fueron, que omitieron firmar; tampoco indicaron fechas ni lugar de procedencia.

Entre tantos quejidos, confesiones penosas y plegarias, consuélame, sin embargo, un texto que al salir arranqué del mural del Señor: «Post Data», y que te incluyo en esta breve muestra de dichas *Conversaciones...*

Tuyo, con un abrazo y el cariño que ya sabes,

RAFAEL ALCIDES.

Nota: Lo que te envió es inédito. Me pediste seis o siete, pero como algunos son muy cortos, te envió una secuencia de diez. Algo así como el final de un diario de campaña.

La tercera imagen se deriva de la fuerte impresión que nos causó, a mi esposa y a mí, la lectura de unos poemas suyos, de *Conversaciones con Dios*, publicados en *Encuentro*. De esa impresión surgió como respuesta inmediata este poema:

*Amigo, el demente país...*

a Rafael Alcides

*como las nadas de un otoño muerto*

ELISEO DIEGO

Amigo, el demente país que no perdona  
te roe el alma, el corazón, el día  
y va pariendo hijos como nadas  
como unos panes imposibles  
como...

Señor, ten piedad con los que sufren  
los que piden: *Venga a nosotros tu Reino*

(5 DE MARZO, 2002)

La cuarta, ya en vísperas de mi partida, también se expresó desde un poema:

***En el Limbo (o en las vísperas de un viaje)***

a Rafael Alcides

En las vísperas, las entrañas doloridas  
un fuerte desasosiego. Todo  
en el Limbo  
Amigo  
¿no has sentido  
antes del alba  
cómo se acrecienta el frío?

Todo viaje es una esencia fugitiva  
Una mano que se extiende  
Un no sé qué...  
Amigo  
en la alta noche ¿no sientes  
un ligero cataclismo?

Entre el irse y el quedarse  
Entre la noche y el alba  
No miente el río que corre  
ligero. No miente tampoco  
ese paisaje inaudito  
esos árboles absortos  
la luna como un espejo  
una máscara  
un esqueleto errante y fijo  
a la vez. No miente  
el aire, tus ojos  
que desfallecen o brillan  
con un fulgor imposible

En las vísperas, a la vera del camino  
todo viaje es como un sueño  
una ruina legendaria o una luz  
oscura, ausente, reservada  
de tiniebla inalcanzable  
*No puede ser. No estoy muerto  
Tampoco vivo. Es el Limbo*  
La venta de los viajeros apócrifos  
comarca de supernovas  
la provincia de las almas

de la conciencia despierta  
tus criaturas. Todo es un soplo  
La luz, la tiniebla. Todo  
como un vaivén  
como una cuerda anhelante  
*Todo fluye, como advirtiera el Oscuro*

Amigo  
pero si estamos viajando  
desde siempre  
desde aquel rostro brillante  
hacia aquel rostro marchito  
como un pájaro eterno  
como una música avara  
con estas vísceras mudas  
o carbones encendidos  
Déjame aferrarme a tu brazo  
como un náufrago  
como un viajero perdido  
en el Limbo  
en las vísperas de un viaje  
para gritar:  
*¡Alcides!*  
*¿No hay perdón en las postrimerías?*  
*¿No hay redención sin culpa?*  
*¿Sólo este sueño de luces fugaces*  
*esta respiración inconcebible*  
*este sudor, este tacto, esas estrellas lejanas?*

Y el escriba doliente aterido de frío  
mira los paisajes extraños, las orlas de la realidad  
y musita sombrío: *Ah, el carnaval del mundo*  
*el puentecito roto, el escenario vacío ...*

¿Siempre hay algo que ver?

(1, 5 DE ABRIL, 2004)

La última (quiero decir, la penúltima imagen) sucedió en mi casa, un día antes de mi partida. Ante la cariñosa solidaridad que transmite Alcides, saqué de mi maleta de viaje una china pelona que recogí en Playitas de Cajobabo, donde desembarcó Martí, lugar como desamparado, desierto y, por supuesto, sagrado. Inmediatamente, el poeta sacó de su bolsillo otra piedra, su talismán personal, y me la regaló.

Acaso sea esa su inextricable relación con la vida, ya no sólo como poeta, sino como persona, lo que hizo que Alcides no se resignara a una vida meramente literaria. Su vocación de niño, esa infancia siempre rescatada en su poesía —como diría Lezama, «la riqueza infantil de creación»—, aunada con su condición de náufrago, de peregrino, de exiliado siempre, posibilitaron que su mirada se mantuviera virgen para valorar los grandes sucesos de la historia desde la perspectiva de la vida, de la existencia. Si la Revolución, en su inicio, abrió para el poeta la posibilidad, la utopía (el deseo o anhelo) de un mundo mejor para todos, ilusión legítima a la que el poeta se entregó como lo que siempre fue, un «pobre de la tierra» más, su complejo y controversial proceso fue minando esa esperanza, yo diría que, en su caso, más que por determinadas cosmovisiones ideológicas o dudosas filiaciones económicas, políticas o filosóficas, porque le fue negando a las personas su participación real en la construcción y/o transformación de una nueva sociedad «con todos y para el bien de todos». Nunca como en Alcides se hace más prístina la apreciación de César Fernández Moreno de la corriente preponderante en la poesía hispanoamericana de las décadas de los 60 y 70 del siglo pasado como una poesía de la existencia. Pues si su poesía participa de las características comunes de aquella norma poética: tono conversacional, a veces antipoético, coloquialismo, rescate del hombre común, testimonio lexical y cosmovisivo del mundo de lo cotidiano, esto es, de una avasalladora inmanencia, su impronta confesional, por no decir que un salvaje romanticismo, predominará en su discurso lírico. Se ha apreciado que esta poesía, sin desdeñar el sentimiento, atiende más a la inteligencia. En Alcides, en cambio, parece cumplirse esta fórmula al revés. No puede el poeta refrenar sus sentimientos. Sus poemas parecen a veces una extensión de su persona: actos, carne de su carne. Quienes lo hemos conocido, no podemos leer sus textos sin oír su inconfundible voz. Todo remite en ellos a su persona, porque ella es su mejor poema. Ella es su imprevista y casi fatal creación, eso sí, la de un «hombre verdadero», como dijo María Zambrano de Lezama. Por no traicionar las apariencias, quiero decir, las realidades de la vida, ese furioso, diverso, maravilloso y extraño mundo de las apariencias donde tenemos que vivir, el poeta tuvo que solidarizarse con ellas, confundirse, religarse con ellas y desde ellas, incluida su propia persona, levantar su voz de protesta contra su traición. Recuerdo ahora una frase de María Zambrano: «Nada de lo real debe ser humillado». De ahí el sentido último de sus conversaciones con Dios. Pues, como gusta el poeta de citar a Machado: «Quien habla solo espera hablar a Dios un día», qué mejor interlocutor que Dios, como imagen de la Naturaleza, del Cosmos, de la Materia o Movimiento creadores, para dirigirle la protesta de las criaturas. Como el diálogo eterno de Job con su creador, Alcides asume la voz de los vencidos, de los humillados, la sempiterna voz de los pobres de la tierra, para oponerse a una realidad que, paradójicamente, en su nombre, les es impuesta. Una realidad que niega a la persona, que niega la vida, no puede usurpar oportunistamente su voz, su expresión. Entonces, Alcides, como aquel *puer senex*, aquel viejo niño sabio, como aquel poeta panteísta y romántico que fue

su admirado Walt Whitman, siente el entusiasmo sagrado, es decir, confundido, se siente entonces «lleno de dioses», quiero decir, poseído por las voces de los otros, y brinda una vez más su testimonio, *sus* testimonios, con antigua vocación bíblica o cristiana. Al final, qué imagen me queda de Alcides, sino la del eterno niño o *antropos* eterno, en medio del viento huracanado de la Historia, solo, como desamparado, pero con el puño en alto, digo parafraseando a Martí, «demandando a la vida su secreto». Y confieso que mientras leía toda su poesía, una imagen venía constantemente a mi mente, también de Martí: «y pasan las chupas rojas, / pasan los tules de fuego, / como delante de un ciego, / pasan volando las hojas». Muchos versos suyos nos colocan súbitamente dentro de una profunda extrañeza, por ejemplo: «Y así de lo que no tuve, nace esto que soy», o «Vivir es extraviarse en un sueño», o «Yo estoy ahora en un país del que no se vuelve», o «Estoy donde el tablón se acaba y comienza el agua», o sobre todo éste, tan whitmaniano: «Y porque todo me testimonia siempre estaré regresando». Sí, Alcides, como tú bien sabes, tus conversaciones con Dios, son también con tus prójimos. Como en «El poder de las palabras», de Poe, esas frases tuyas de amor, de dolor, tan vehementes, tan solidarias, dichas desde tu soledad radical, a lo mejor un día crearán un universo, un planeta, una isla mejor: «con todos y para el bien de todos».



The lost night,  
Óleo sobre lino, 60 x 84 pulg., 1988.